



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social  
FUNLAM

## ADOLESCENCIA Y RITOS DE TRANSICIÓN. UNA ARTICULACIÓN DEL PSICOANÁLISIS POSTFREUDIANO Y LACANIANO

**Nicolás Uribe<sup>1</sup>**

Docente del Programa de Psicología  
FUNLAM

A menudo se suele considerar que las teorías psicoanalíticas desarrolladas por los autores denominados postfreudianos divergen radicalmente de las teorías elaboradas por los psicoanalistas lacanianos, razón por la cual frecuentemente observamos una dificultad para establecer el dialogo entre estos enfoques teóricos. Sin embargo, dicha dificultad no constituye una imposibilidad, tal como lo mostraremos en este ensayo. Por ello, en esta ocasión vamos a arriesgar una articulación de las teorías lacanianas y postfreudianas en la cual resulta posible establecer puntos de convergencia entre estos enfoques psicoanalíticos. En ese sentido vamos a articular las tesis de Erikson sobre la delincuencia juvenil, formuladas a mediados del siglo XX, y los planteamientos más actuales del Psicoanalista laciano José Ramón Ubieta, a partir de su tesis de la “criminalización de la adolescencia”, que presenta grandes semejanzas con el concepto de “confirmación del delincuente” adolescente de Erikson que hemos presentado en un ensayo leído en esta jornada en las horas de la mañana. Para ello estableceremos algunas convergencias entre estos autores en relación al fenómeno de los ritos de pasaje al mundo adulto, o a lo social si se quiere.

---

<sup>1</sup> Psicólogo-Magister en Investigación Psicoanalítica, Docente de la Facultad de Psicología y Ciencias Sociales de la FUNLAM, miembro del Grupo de estudios sobre Juventud de la Universidad de Antioquia, categoría C COLCIENCIAS

Los aportes psicoanalíticos de Erik Homburger Erikson se ubican dentro de la orientación denominada “psicología del yo”, pues sus desarrollos teóricos se centran en los procesos representacionales de la instancia psíquica del yo que apuntan a su formación y transformación. Pero, a diferencia de los autores más representativos de esta orientación que tuvo su epicentro en Norteamérica<sup>2</sup>, como H. Hartman, E. Kris y R. Lowenstein, este autor no se ocupa de estudiar las funciones de autonomía primaria asociados a tal instancia, también denominadas como área del yo libre de conflicto, sino de abordar aquellos procesos identificatorios del yo que permiten crear una representación de sí mismo. Para estudiar estos procesos Erikson forja el concepto de “identidad del yo” o “identidad yoica”.

Según Erikson estos procesos identitarios inician en la infancia, se continúan en la adolescencia y posteriormente sufren reorganizaciones a lo largo de la edad adulta<sup>3</sup>. En esa vía indica que el logro de una identidad yoica se sustenta en procesos de identificación que en principio se refieren a las figuras paternas, pero que luego -en el curso del desarrollo evolutivo- se vinculan con otros objetos exogámicos, que sin embargo se perfilan como sustitutos de los primeros. Aunque el autor no desconoce el hecho del resurgimiento de la actividad pulsional en dicha época del desarrollo, la concepción psicoanalítica de Erikson sobre la adolescencia está centrada en los procesos de identificación más que en los aspectos pulsionales que pasan a primer plano en otros enfoques psicoanalíticos<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Al respecto el propio Erikson comenta que luego de su inmigración su concepto de “crisis de identidad” nace y se desarrolla en Norteamérica” (Erikson, 1968: 447)

<sup>3</sup> En ese sentido Erikson plantea que: “la crisis de la adolescencia durante la cual queda establecido el predominio de una identidad segura por encima de la amenazadora ¿difusión? de identidad, no es más que una de toda una serie de crisis; pues, comenzando con el nacimiento, cada etapa de desarrollo tiene sus conflictos característicos y, después de la adolescencia, nuevas etapas de desarrollo traerán crisis, cada una de las cuales deberá resolverse en su propia etapa” (Erikson, 1959: 565). En esa misma dirección sostiene que: “aun cuando la crisis de identidad ocurre durante la adolescencia, los problemas de identidad comienzan desde muy temprano en la vida y no terminan sino con la muerte” (Erikson, 1959: 572).

<sup>4</sup> De igual forma, la perspectiva de Erikson se diferencia de los enfoques psicológicos. Así por ejemplo, el autor comenta que según la perspectiva de Piaget, en la adolescencia se trata de asimilar conscientemente una serie de elecciones personales, laborales e ideológicas, mientras que en el psicoanálisis no se trata sólo de ello, pues también se tiene en cuenta “una integración inconsciente de todas las identificaciones anteriores (...) la identidad del posadolescente debe basarse en todas aquellas identificaciones anteriores” (Erikson, 1968: 604). En esa misma línea sostiene que: “la identidad es una cuestión que llega mucho más hondo que la consciente elección de papeles o la exigencia retórica de igualdad” (Erikson, 1968: 448).

En ese orden de ideas, puede decirse que en la perspectiva de Erikson la adolescencia es pensada como el ensayo temporal de una o múltiples identidades parciales, que luego pueden incorporarse permanentemente a la estructura del yo o pueden ser abandonadas en favor de nuevas identidades. Ahora, Erikson plantea que el paso de la infancia a la adolescencia ocasiona una crisis de identidad<sup>5</sup>, pues el adolescente no solo tiene que crearse una nueva representación de su propio cuerpo, dada la notable transformación que ha operado en él por el fenómeno de la pubertad, sino que también tiene que crearse una nueva identidad acorde a las exigencias que cada sistema cultural impone a los sujetos en tal periodo de transición a la edad adulta. Así, al dar importancia a los procesos de identificación que permiten construir la identidad yoica, la perspectiva psicoanalítica de Erikson se articula con algunas perspectivas sociológicas que dan relevancia a los procesos por los cuales los seres humanos se apropian de los roles psicosociales que les ofrece determinada cultura para ingresar al mundo de los adultos<sup>6</sup>. Según Erikson: “La identidad psicosocial tiene características subjetivas y objetivas, individuales y sociales” (1968: 600). Por eso estudia los procesos simbólicos cuya función es promover el tránsito de la infancia a la edad adulta, tales como los ritos de paso o de transición, tanto en las culturas más primitivas como en las modernas.

Ahora bien, estos roles o identidades psicosociales que sirven para que el adolescente se forme una nueva identidad yoica acorde a su nueva condición corporal y psicosocial, pueden ser tanto positivos como negativos, es decir, pueden ser identidades aceptadas o rechazadas socialmente, tal como sucede con la figura del profesional o del delincuente. Así, por ejemplo, al abordar el asunto de la delincuencia juvenil Erikson plantea que en muchos de estos casos se trataría de jóvenes que ante la crisis de identidad, propia del periodo adolescencial, se identificarían con figuras que comportan rasgos propios de los delincuentes y en consecuencia adoptarían temporalmente estos rasgos, percibiéndolos como suyos, de suerte que su comportamiento también se orienta en esa dirección.

---

<sup>5</sup> Según Erikson: “La integridad de estas identidades solo se da después de la adolescencia, donde es fundamental, al brindar una perspectiva histórica que sintetiza las identificaciones del pasado, el presente y el futuro, de forma conflictiva. Esto es lo que denomina crisis de identidad” (1968: 601).

<sup>6</sup> Así por ejemplo, dice Erikson que “la identidad psicosocial depende de una complementariedad de una síntesis interna (ego) en el individuo y de la integración del rol en su grupo” (1968: 600)

En esa lógica, Erikson pone de manifiesto que la estructura del yo es un compuesto de identidades parciales, es decir, es un conjunto de identificaciones que se articula de forma compleja a lo largo de la existencia. Como puede colegirse el concepto de identidad yoica de Erikson es cercano a los planteamientos Lacan respecto de la estructura del yo que lo llevan a concebirlo como una instancia de desconocimiento<sup>7</sup>. Dicho de otro modo, la Instancia del yo es concebida como un compuesto parcial de identificaciones que requiere de un proceso de historización para integrar tales aspectos que pueden coexistir escindidos en la estructura del yo.

Para pensar el fenómeno de la delincuencia juvenil, Erikson introduce el concepto de “confirmación del delincuente”. Según decíamos, en la perspectiva de este autor algunos casos de delincuencia juvenil se explicarían por procesos de identificación a la figura de sujetos delincuentes. Sin embargo, no basta con que un sujeto que atravesase por la crisis identitaria propia de la adolescencia se identifique con los rasgos del delincuente, pues según sus planteamientos, la temporalidad y parcialidad de estas identificaciones no podrían conducir a una introyección permanente de tales rasgos delincuenciales, siendo necesario que se produzca un movimiento psíquico adicional que permita tal interiorización<sup>8</sup>. Por tal razón Erikson sostiene que cuando el adolescente se ha identificado a un delincuente y en consecuencia se conduce como tal, resulta importantísimo y decisivo considerar la respuesta que recibe de los otros, especialmente de aquellas figuras representantes de la ley, tales como los padres, los maestros, los policías, los jueces, etc.. Si estos últimos consideran que aquellos actos son producto de una identidad delincencial firmemente establecida, el adolescente recibe entonces una confirmación, es decir, el otro le confirmaría el supuesto de que su yo corresponde a dicha identidad, produciéndose un desconocimiento de si mismo, tal como lo afirma Lacan<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Lacan, 1949; lacan, 1954/55.

<sup>8</sup> Por ello Erikson explica que: “empezamos a reconocer unas etapas decisivas dentro de la edad juvenil, y gradaciones y pasos en la confirmación de la delincuencia” (Erikson, 1957: 563).

<sup>9</sup> Lacan, 1949; Lacan, 1954/55. Desde una perspectiva semejante Erikson explica que: “la plenitud de identidad es más que la suma de todas las identificaciones anteriores y debe ser apoyada por una orientación comunal a la que llamaremos ideológica” (Erikson, 1968: 604) Ahora, para el autor: “una ideología viva es un conjunto sistematizado de ideas y de ideales que unifica el esfuerzo por la identidad psicosocial en la generación siguiente, y que sigue siendo un estrato en las imágenes de cada hombre, ya sea que siga siendo un “modo de vida” o que se vuelva una ideología “oficial” militante” (Erikson, 1968: 604).

En este orden de ideas, al producirse la confirmación de la identidad delincinencial que un adolescente ha asumido temporalmente como su identidad yoica, la estructura del yo podría incorporar tales rasgos a la manera de un falso self, dada la confirmación que le viene del otro (representante de la autoridad) al propio individuo, de suerte que le resultaría difícil reconocer dichos rasgos como algo ajeno. En esa lógica plantea que:

“Un joven sin identidad es como un polvorín sin guardián. Una fuente de combustión, al parecer insignificante, si no se le observa, puede convertir la broma y desafío en desastre y crimen y el no puede permitirse no ser un delincuente, a menos de que podamos convencerlo de que en nuestro sistema hay una identidad más segura para el” (Erikson, 1957: 559).

Estas tesis se entienden mas fácilmente al considerar que para Erikson: “el hombre tiende a “hacer suya” la imagen negativa de si mismo que le imponen sus superiores y explotadores” (Erikson, 1968: 605). Según estos planteamientos la diferencia entre criminalidad y delincuencia podría establecerse a partir de un examen de los procesos de identificación, pues cuando tales procesos han derivado en una incorporación permanente de los rasgos delincuenciales, el sujeto podría entonces devenir en un criminal. En ese sentido, el autor plantea que: “*empezamos a saber que la diferencia entre delincuencia y crimen es, a menudo, tan grande como la diferencia entre niñez y adultez*” (Erikson, 1957: 563)

Por otra parte, ya que la identidad yoica no queda firmemente establecida en la adolescencia, Erikson se ocupa de estudiar los múltiples avatares que pueden experimentar los procesos identificatorios, tal como se evidencia en diversos sujetos y en diversas culturas<sup>10</sup>. Examinando estos procesos Erikson formuló otro concepto importante, a saber, el de la “adolescencia tardía”, para señalar el déficit simbólico de aquellos procesos que deben actuar como ritos de transición permitiendo el paso de la infancia a la edad adulta<sup>11</sup>. En ese sentido, observó que en las sociedades modernas los procesos que deberían suplir la función de transito de los antiguos ritos, no

---

<sup>10</sup> Por ello Erikson sostiene que el logro de una identidad yoica “incluye un sentido subjetivo de una existencia continua y de una memoria coherente” (Erikson, 1968: 600) o que “un sentido subjetivo de la identidad es un sentido de mismidad y de continuidad como individuo” (Erikson, 1968: 600).

<sup>11</sup> Por ello Erikson plantea que: “el periodo entre la niñez y la madurez es lo que llamamos la adolescencia, la “adolescencia tardía” se vuelve para nosotros un término importante que no debe considerarse como una incapacidad o falla personal, sino como una institución cultural, ya sea pagada por los padres o por el estado” (Erikson, 1959: 566)

operan de igual forma y como consecuencia, se producen alteraciones que conducen al prolongamiento del periodo adolescencial<sup>12</sup>.

Para explicar este fenómeno postmoderno Erikson construyó el concepto "relevante en su obra" de "moratoria psicosocial", para dar cuenta del hecho de que algunos jóvenes que en principio se identifican parcial y temporariamente al rol psicosocial de estudiante, incorporan esta identidad psicosocial a su estructura psíquica y conforman su identidad yoica en esa dirección. Esta incorporación obstaculiza el proceso de identificación a roles psicosociales asociados con el ejercicio de una profesión y el ingreso al mundo de los adultos<sup>13</sup>. En ese orden de ideas, Erikson establece que el estudio de la ritualización en el hombre permite establecer nexos entre las vivencias infantiles y adolescenciales, y las instituciones sociales, pues en cada etapa del ciclo vital es posible hallar un proceso de ritualización o actuación simbólica que es favorecido por la cultura y que apunta a superar la crisis de la etapa en cuestión<sup>14</sup>. Según Erikson:

*"rituales, ritos y tradiciones tratan de dar al individuo un sentido de que, en cada etapa de su larga niñez y aprendizaje, todo ocurrió en pasos preordenados, de modo que quien contemple su futuro y ponga a prueba sus oportunidades se dará cuenta de que sus etapas pasadas significaron algo. Esta efectuando una síntesis significativa del pasado, presente y el futuro"* (Ericsson, 1959: 567)

En ese sentido, Erikson sostiene que: *"una cosmovisión ideológica puede ser transmitida en forma dogmática por ritos especiales, inducciones o confirmaciones; o bien la sociedad puede permitir a los jóvenes experimentar durante periodos especificados (les he llamado moratorias psicosociales)"*<sup>15</sup>. Entonces, para Erikson el fenómeno de la adolescencia tardía implica tener en cuenta el hecho de que: *"entre las instituciones especiales planeadas para esta etapa, la educación universitaria probablemente sea el más grande aplazamiento organizado y artificial de la adultez, emocionalmente hablando"*<sup>16</sup>. Bien sea que la educación sea un medio para avanzar al mundo laboral o que

<sup>12</sup> Erikson, 1959: 567.

<sup>13</sup> Según Erikson: "entre las instituciones especiales planeadas para esta etapa, la educación universitaria probablemente sea el más grande aplazamiento organizado y artificial de la adultez" (Erikson, 1959: 565)

<sup>14</sup> Erikson, 1959: 564-66; Erikson, 1968: 604; Kaplan, 1996: 270-76.

<sup>15</sup> Erikson, 1968: 604; Kaplan, 1996: 270-76.

<sup>16</sup> Eriksson, 1959: 565; Kaplan, 1996: 270-76.

sea un fin en si misma, como parece ser el caso de los sujetos que se quedan con su identidad de collage para toda la vida. Así, al comentar la influencia de la sociedad en el afrontamiento de las crisis de adolescencia, dice Erikson que aunque a lo largo de la historia estos periodos de aprendizaje culminaban en una fecha acorde con la inserción en la cultura como un trabajador que forma un nuevo grupo familiar emancipándose de los padres, en la actualidad puede decirse que:

*“la educación de collage solo es uno entre muchos de esos largos periodos de aprendizaje de nuestro tiempo, que van volviéndose mas largos y mas especializados y que constituye un aplazamiento sumamente radical de algunas satisfacciones emocionales y un remplazo por otras. Fomenta algunas formas particulares de niñez extendida mientras que cultiva otras de precocidad unilateral”<sup>17</sup>.*

Según Erikson la adolescencia tardía y la <moratoria psicosocial> están íntimamente relacionadas con la incidencia de la cultura, razón por la cual sostiene que estos fenómenos adolescenciales no deben *“considerarse como una incapacidad o falla personal, sino como una institución cultural, ya sea pagada por los padres o por el estado”*<sup>18</sup>. Esto es mas comprensible al considerar que para Erikson: *“ir al collage prolonga la adolescencia tardía, también aplaza el establecimiento de la identidad, aun cuando ponga a disposición del joven el conocimiento y las técnicas que le ayudaran a definir su identidad”*<sup>19</sup>.

Veamos ahora la concepción lacaniana de la adolescencia de José Ramón Ubieto que, de forma similar a Erikson, se apoya sobre el fenómeno de los ritos de transición.

Empecemos por recordar las tesis de J Lacan (1949) sobre la formación del yo en el estadio del espejo, en las cuales pone de manifiesto el hecho de que el yo se configura a partir de una alienación a la imagen especular que le viene de afuera y que debe ser confirmada para el sujeto por la madre, quien reafirma tal alienación y sienta las bases para los posteriores procesos de identificación imaginaria<sup>20</sup>. Así mismo, recordamos que a partir de los trabajos

---

<sup>17</sup> Eriksson, 1959: 565-6; Kaplan, 1996: 270-76.

<sup>18</sup> Eriksson, 1959: 566; Kaplan, 1996: 270-76.

<sup>19</sup> Erikson, 1959: 566; Kaplan, 1996: 270-76.

<sup>20</sup> Véase también Lacan, 1954/55; Lacan, 1956/57.

de Lacan se difunde la tesis de que los elementos simbólicos que permiten configurar la subjetividad y conformar la instancia psíquica del superyó, que permite al sujeto ingresar en la cultura, también vienen desde afuera, desde los padres, pues específicamente el lenguaje y el significante del nombre del padre, entendido como metáfora de la ley, operan por la mediación del discurso de la madre que constituye la primera realidad para el sujeto<sup>21</sup>. En ese sentido, el psicoanálisis dialoga con las Ciencias Sociales para pensar la importancia que tiene lo social en el forjamiento de la subjetividad.

Al respecto Ubieto dice que algunos fenómenos propios de la adolescencias postmodernas generan inquietudes e interrogantes en los adultos por cuanto “responden a prejuicios previos que tratan de criminalizar a ese sector de edad haciéndoles responsables de situaciones que perturban el status quo (social, familiar, escolar) y en las que se confunden novedades propias de cada generación con fenómenos de violencia y/o de ruptura social” (Ubieto, 2008, p. 1) Al estudiar esta situación, Ubieto al igual que Erikson, parte de la idea de que “Las importantes transformaciones sociales de las últimas décadas se han visto reflejadas en cambios subjetivos importantes y en procesos de conexión entre lo individual y lo colectivo que se han visto afectados y modificados” (Ubieto, 2008, p. 1) Así mismo, al desarrollar esta idea Ubieto intenta explicar (de forma semejante a Erikson) estas conexiones de lo individual y lo colectivo a partir los ritos que sirven de pasaje de la infancia y adolescencia al mundo adulto, por lo cual se propone: “analizar esos “nuevos” ritos de paso a la luz de la teoría psicoanalítica” (Ubieto, 2008, p. 1). Como vimos, hace mas de medio siglo Erikson ya se planteaba esta tarea.

Ahora bien, la especificidad del enfoque de Ubieto consiste en avanzar algunas ideas sobre la adolescencia a partir del concepto de goce y de los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario, según la enseñanza de Lacan. En ese sentido Ubieto plantea que ante la emergencia de lo real del goce en el cuerpo, el adolescente queda sin palabras (recursos simbólicos) para responder y lo que aparece es la adolescencia como una respuesta sintomática. Dicho de otra manera, ante el encuentro con el otro sexo se produce una angustia que no es susceptible de una descarga psíquica (Ubieto, 2008, p. 2)

---

<sup>21</sup> Vease; Lacan, 1953a; Lacan, 1953b; Lacan, 1956/57; Lacan, 1958b.

En ese orden de ideas sugiere que los ritos de paso son factores que ayudan a ordenar estos elementos en juego, o que son formas de acompañar al otro en su duelo producto de la transformación del cuerpo, es decir, son medios simbólicos creados para tratar de ordenar lo real. Según el autor: “En las sociedades tradicionales esos ritos estaban codificados bajo formas estándares que preveían para cada cual su lugar y su función en el ritual. Había, pues, un cálculo colectivo en el que el sujeto tomaba parte, exponiéndose a las pruebas y recibiendo al final un beneficio en términos de identidad sexual e inclusión social” (Ubieto, 2008, p. 2). Al articular estas tesis lacanianas con los fenómenos de actualidad, Ubieto (2008) plantea que el problema de las adolescencias modernas sería que:

“Hoy esos ritos de paso siguen vigentes pero han modificado sus formas y también, en parte, su función ya que el orden simbólico que los contextualizaba también ha variado. El sujeto ha tomado parte más activa -puesto que los ritos están menos codificados y eso le proporciona un mayor margen- pero en cambio sus beneficios identitarios (sexuales y sociales) son más inestables lo que otorga una cierta fragilidad al procedimiento” (p. 2)

Con ello el autor nos indica, de forma semejante a como lo hace Erikson, que estos ritos de paso cada vez pierden más su función simbólica de aportar a la estructuración de la identidad y a la inserción social (Ubieto, 2008, p. 2)

Ahora, desarrollando su concepción lacaniana Ubieto plantea que algunos ritos antiguos -como la circuncisión- en la actualidad se caracterizarían por la instantaneidad y por ello pierden la función de inscripción en lo social y se constituyen en “signos de violencia sobre el cuerpo, un sinsentido” (Ubieto, 2008, p. 2) En esa misma dirección afirma que el consumo de drogas sería una práctica ritual en la que se alimentaría la ilusión de un goce que no pasa por el cuerpo del Otro (Ubieto, 2008, p. 2), o también que algunas conductas de alto riesgo pueden considerarse como “pruebas ordálicas que exorcizan al superyó tiránico intentando exteriorizarlo para desafiarlo, al mismo tiempo que le pagan su tributo” (Ubieto, 2008, p. 2).

Según Ubieto, aun cuando los ritos antiguos y los modernos siempre serán insuficientes para significar la castración, pues se parte de la tesis de lacan de que lo simbólico no logra atrapar lo real, este autor afirma que: “todas

estas prácticas sirven para tomar la medida de lo imposible, hacen de límite y contraexcitación obturando una serie de interrogantes que de abrirse producirían una emergencia de la angustia” (Ubieto, 2008, p. 2) Por ello el autor plantea que: “Marcados por una cultura del Do It Yourself (DIY), a falta de los límites externos claros, el joven explora los suyos y los ritos de paso se ven más bien sustituidos por ciertos pasajes al acto que implican la transgresión y la violencia al tiempo, ya que por otra parte, no es posible pensar el pasaje sin corte, sin discontinuidad con lo infantil” (Ubieto, 2008, p. 3)

Con base en lo anterior Ubieto considera que deberíamos pasar de la nostalgia por esta crisis simbólica, de la añoranza por los ritos antiguos, a explorar las diversas funciones simbólicas que pueden comportar los nuevos ritos de paso (Ibíd., p. 3) Por eso para comprender el planteamiento de este autor, según el cual hay que “prescindir de los ritos a condición de servirse de ellos” (Ibíd., p. 3), hay que tomar en cuenta que “el valor de rito no lo da la ceremonia ni el mito, sino su operatividad. La prueba por la muerte (simbólica) del valor humano (conductas ordálicas o de supervivencia) termina por producir sentido cuando el sufrimiento que implica se convierte en factor de lazo social y por tanto de inclusión social” (Ibíd., p. 3).

Siguiendo esta línea de pensamiento el autor asemeja al chamán de la antigüedad con el profesor, el psicólogo o el psicoanalista de la modernidad en razón de la función de acompañamiento que estos cumplen en la crisis adolescencial y se pregunta “¿En qué medida podemos intervenir y sobre todo de qué manera hacerlo? ¿Qué uso posible podemos hacer de las instituciones en las que trabajamos? ¿Cómo mostrar, en definitiva, la utilidad social de la escucha que proponemos?” (Ibíd., p.3) Como puede verse el autor asigna una función social a estos personajes del pasado y de actualidad siendo la diferencia las formas en que estos operan en el pasaje adolescente.

Para afrontar esta transformación o corte que implica entonces la adolescencia, el autor nos dice que en principio es el propio sujeto quien produce la primera respuesta frente a ese real, pues, por ejemplo, produce un síntoma que permite localizar el malestar en una dificultad escolar que al ser nombrada le brinda “al sujeto una primera identidad y por tanto un primer

juicio acerca de su ser: ser un rebelde, un mal estudiante (...)Eso anuncia el primer paso de ese tránsito al mundo adulto” (Ibíd., p. 3) Sin embargo, el autor observa que “también vemos como para otros adolescentes ese malestar no se deja focalizar y aparece de forma desordenada invadiendo el conjunto de su vida, toda su conducta (...)ese malestar implica acciones externas, con incidencia en su entorno y al igual que el síntoma conllevan una satisfacción - en este caso ligada directamente a la acción que reemplaza al síntoma - aunque ésta sea ignorada” (Ibíd., p. 3) Al respecto plantea que: “La corporización del significante, huella en el cuerpo de los acontecimientos discursivos vividos, se ilustra en todas estas prácticas bautizadas con el nombre de *body mod*: en los tatuajes pero también en la sustracción de sustancia (mutilación y cortes)” (Ibíd., p.4) Por ello Ubieta (2008) señala que:

“Si bien históricamente los tatuajes y otras prácticas (*piercings*) han existido desde la antigüedad, hay que distinguir, como señala J.A. Miller, entre la corporización codificada, normada, que depende de un discurso y que inscribe el cuerpo individual en el lazo social bajo las formas típicas, y algunas formas actuales -propias de la época del Otro que no existe- en las que el cuerpo tiende a ser abandonado por las normas y pasa a ser el asiento de las invenciones que intentan responder a la pregunta sobre qué hacer con su cuerpo” (p. 4)

En síntesis el autor sostiene que estas practicas actuales merecen ser pensadas como respuestas frente al surgimiento de lo real en la pubertad que conducen al sujeto a confrontarse con los límites del cuerpo a falta de los límites que anteriormente provenían de lo externo, del Otro que ahora no existe (Ubieta, 2008, p. 4). Estas consideraciones de Ubieta apuntan entonces a la idea de la relegación del significante princeps, es decir, el padre, por el objeto a que “causa el goce del sujeto y que sitúa por tanto al cuerpo como escenario principal, en una suerte de “agotamiento de las formas de representación del exceso de goce” como indica E. Laurent” (Ubieta, 2008, p. 4). Por ello plantea que “Si el síntoma se sostiene en la fórmula del fantasma [ $\$ \langle \rangle a$ ], cuando esa fantasmaticización es precaria y los semblantes no velan ese real, el sujeto se ve confrontado a su posición de objeto y aumenta así la emergencia de la angustia” (Ubieta, 2008, p. 5). En esa lógica dice que en la actualidad la escisión entre real y sentido no favorece la producción de

síntomas -entendidos como una respuesta frente a lo real- y por ello propone que la función del psicoanalista sería de la de ayudar a producir una “significación (subjetiva) sintomática” (Ubieta, 2008, p. 5). Según el autor su propuesta se sustenta en la tesis de que “el síntoma es ya una forma posible del tratamiento de ese goce autodestructivo, forma de ensamblaje de palabras y cuerpos diferente de la del narcisismo generalizado” (Ubieta, 2008, p. 5)

Como puede verse, a pesar de las diferencias conceptuales y teóricas entre autores postfreudianos como Erikson y autores lacanianos como Ubieta, el hecho de que ambos autores se ocupen de un mismo campo de fenómenos, como son los ritos de paso y la delincuencia juvenil, permite articular los discursos de estos psicoanalistas, así como articularlos con los enfoques de la psicología, la sociología, entre otras disciplinas científicas.

Esperamos pues que las reflexiones teóricas y su aplicación al análisis de la adolescencia y del fenómeno de la delincuencia juvenil contribuyan a generar consciencia sobre la necesidad de crear un espacio de debate en el que pueda darse el dialogo constructivo entre diversos enfoques psicoanalíticos así como con las Ciencias Sociales, del cual puedan servirse los distintos profesionales que se enfrentan día a día con la difícil tarea de realizar programas de intervención terapéutica con adolescentes infractores de la ley penal.

## REFERENCIAS

Erikson, E. (1957) “La confirmación del delincuente” En: Un modo de ver las cosas. Fondo de cultura Económica, México, 1994, 556-563.

Erikson, E. (1959) “La adolescencia tardía” en: Un modo de ver las cosas. Fondo de cultura económica, México, 1994, Pág. 564-573

Erikson, E. (1966) “Observaciones sobre la “identidad mas general” En: Un modo de ver las cosas, Fondo de cultura Económica, México, 1994.

Erikson, E. (1968) “La identidad psicosocial” en: Un modo de ver las cosas. Fondo de cultura económica, México, 1994, Pág. 600-608

Kaplan, Harold & Otros (1996) *Sinopsis de psiquiatria. Ciencias de la conducta. Psiquiatria clinica*. Ed panamericana, buenos aires, 1996

Miller, J. (2003) *La experiencia de lo real en la cura analítica*. Paidós. Buenos Aires.

Lacan, J. (1949) "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia analítica" en: *Escritos I*, (traducción de Tomas Segovia revisada con la colaboración del autor y de Juan David Nasio), México. Siglo XXI. p. 11-20.

Lacan, J. (1953a) "El mito individual del neurótico - El hombre de las ratas" en: *Intervenciones y textos*. Ed. Manantial. Buenos Aires. P. 37-59.

Lacan, J. (1953b) "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis" en: *Escritos*, (traducción de Tomas Segovia revisada con la colaboración del autor y de Juan David Nasio), México. Siglo XXI. p. 59-139.

Lacan, J. (1954-55) *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, Libro 2, El seminario de Jacques Lacan*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1956-57) *La relación de objeto, Libro 4, El seminario de Jacques Lacan*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1958b) "La significación del falo" en: *Escritos II*, (traducción de Tomas Segovia revisada con la colaboración del autor y de Juan David Nasio), México. Siglo XXI. p. 279-289.

**Laurent, E.** (2000). "El reverso del síntoma histérico". En: *Freudiana*. 29. P. 51-60. Barcelona. Edita: ELP.

Ubieto, J. (2008) *El pasaje adolescente. Del espectáculo al síntoma*. Tomado de: [http://www.iaeu.es/etextos/contenidos.php?id\\_texto=45&urlorigen=](http://www.iaeu.es/etextos/contenidos.php?id_texto=45&urlorigen=). Recuperado el 20 de marzo de 2008.